EGOÍSMO

(SELECCIÓN DE TEXTOS)

Niccolò Maquiavelo (1469-1527)

El Príncipe (1513)

Madrid: Cátedra, 2003 (trad. Puigdoménech, corregida); caps. XVII, XXII.

Y los hombres dudan menos en ofender a uno que se hace amar, que a uno que se hace temer; porque el amor está mantenido por un vínculo de gratitud, el cual, dado que los hombres son malvados, se rompe por cualquier motivo de utilidad propia; pero el temor se mantiene gracias al miedo al castigo que no te abandona jamás [a ti, príncipe] (cap. XVII).

Y cómo un príncipe pueda conocer al ministro, he aquí una manera que no falla nunca: cuando veas que el ministro piensa más en sí mismo que en ti, y que en todas las acciones persigue sus propios intereses, puedes estar seguro que no será nunca buen ministro, ni podrás fiarte jamás de él: porque quien tiene en sus manos el estado de otro, no debe pensar jamás en sí mismo, sino en el príncipe, ni recordarle jamás cosa alguna que no le incumba (cap. XXII).

Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio (1513-1517)

Madrid: Alianza, 2000 (trad. A. Martínez Arancón, corregida), libro III, cap. 6.

Vemos, pues, que los que han conjurado suelen ser hombres importantes o familiares del príncipe, y muchos de ellos lo hacen movidos tanto por el exceso de beneficios como por el exceso de injurias: así hizo Perennio contra Commodo, Plauziano contra Severo, Seiano contra Tiberio. Todos estos fueron dotados por sus emperadores de tanta

riqueza, honor y grado, que no parecía que les faltare, para perfección de su poder, otra cosa sino el título imperial, y no queriendo carecer de él, empezaron a conspirar contra el príncipe, y sus conjuras tuvieron el fin que merecía su ingratitud (...). Y en verdad, si alguna conjura tramada por los grandes contra un príncipe debía llegar a buen final, esta era la más indicada [la de Iacopo di'Appiano contra Piero Gambacorti, señor de Pisa], porque la había urdido otro rey, por decirlo así, que tenía todas las comodidades para alcanzar su propósito, pero el ansía por poder [cupidità del dominare] que le cegaba, le cegó también al llevar a cabo la empresa, porque, si hubiera sabido conducir prudentemente su maldad, hubiera sido imposible que fracasara. Debe, entonces, un príncipe que quiera estar a salvo de las conjuras temer más a aquellos a quienes ha complacido mucho, que a quienes ha causado demasiadas injurias. Porque a estos les falta la comodidad, que a los otros les sobra; y su determinación es similar, porque el deseo de mando [desiderio del dominare] es tan grande o mayor que el de venganza.

Thomas Hobbes (1588-1679)

De Cive (1642)

**Madrid: Alianza, 2000 (trad. C. Mellizo);
Prefacio del autor al lector, I.2, III.8-9.**

[E]stablezco antes que nada este principio que todos los hombres conocen y que ninguno niega, a saber: que las disposiciones de los hombres son naturalmente de tal condición que, excepto cuando son reprimidos por temor a algún poder coercitivo, cada hombre desconfiará y tendrá miedo de cada otro hombre; y como por derecho natural, se verá obligado a hacer uso de la fuerza que tiene para lograr la preservación de sí mismo. (...) Mucho menos se sigue de mi principio que quienes son malvados lo sean por naturaleza. Pues aunque por naturaleza, es decir, desde que nacen, tienen, por ser meras criaturas sensibles, el deseo de hacer lo que más les place y el impulso de huir o de defenderse de los peligros que les acechan, no por esta razón han de ser tenidos por malvados. Pues las inclinaciones de la mente que sólo brotan de los estratos más bajos del alma no son malvadas en sí mismas; pero las acciones que proceden de ellas pueden serlo algunas veces, como cuando son ofensivas o van contra el deber (Prefacio del autor al lector).

[S]i por naturaleza un hombre amara a otro, quiero decir, en cuanto que ese otro es hombre, no podría haber razón que explicase por qué todo hombre no debería amar lo mismo a todo otro hombre, ya que todos son igualmente hombres; o por qué más bien prefiere frecuentar a aquellos cuya compañía le procura honor o beneficio. Por lo tanto, no buscamos asociarnos con otros por la asociación misma, sino porque de ella podemos recibir algún honor o beneficio; son estas dos últimas cosas las que deseamos primariamente; aquélla la deseamos

secundariamente. Cómo, y con que propósito deciden los hombres juntarse, lo sabremos mejor observando las cosas que hacen cuando están juntos. Si se asocian por razones de comercio, está claro que cada hombre no está mirando por el bien de su prójimo, sino por el de su propio negocio; si es para desempeñar algún menester, se produce una cierta amistad de conveniencia, que tiene más de envidia que de verdadera amistad, y de la que a veces pueden surgir algunas facciones y grupos, pero nunca buena voluntad; si es para placer y recreo de la mente, es habitual que cada hombre se complazca en grado sumo con cosas que suscitan risa; y sirviéndose de ellas puede, según la naturaleza de lo que en cada caso sea ridículo, y por comparación con los defectos y puntos débiles de otro hombre, expresar su opinión sobre él. Y aunque algunas veces esto es algo inocente o inofensivo, es manifiesto que los hombres no tanto se deleitan con la compañía de otros como con su propia vanagloria. Pero, por regla general, en este tipo de reuniones nos dedicamos a herir a los ausentes; toda su vida, sus dichos y acciones son examinados, juzgados y condenados. Y es más: no suele ser muy raro que algunos presentes reciban algún escarnio en cuanto se marchan de la reunión; de manera que no anda desacertado quien tiene la costumbre de marcharse de las reuniones siempre el último (I.2).

El tercer precepto de ley natural es éste: evita tener que sufrir que empeore su relación contigo aquel que, por la confianza que antes depositó en ti, te hizo primero un bien; o lo que es lo mismo: no aceptes que se te dé nada, como no tengas intención de hacer lo posible para que tu benefactor carezca de justo motivo para arrepentirse de lo que te dio. Pues sin esto, estaría actuando irracionalmente quien concediese un beneficio a sabiendas de que iba a ser empeño perdido; y de este modo, todo acto de

beneficencia y confianza, así como toda clase de benevolencia, desaparecerían de entre los hombres, y tampoco habría asistencia mutua entre ellos; ni ningún intento de obtener gracia y favor; por razón de todo lo cual permanecería el estado de guerra, en contra de la ley fundamental de naturaleza. Mas como el quebrantamiento de esta ley no es un incumplimiento de contrato (pues suponemos que no ha mediado contrato alguno), tal quebrantamiento no es normalmente llamado injuria; pero como las buenas acciones y el agradecimiento se corresponden mutuamente, se le llama ingratitud (III.8).

El cuarto precepto de naturaleza es que cada hombre se haga útil a los demás. Para que podamos entender esto correctamente, hemos de recordar que hay en los hombres una diversidad de disposiciones a la hora de entrar en sociedad, que surge de la diversidad de sus inclinaciones y modos de ser. Es parecido a lo que vemos en las piedras que se amalgaman para construir un edificio, por razón de la diversidad que apreciamos en su materia y en su forma. Y de igual manera a como es rechazada por no ser de utilidad una piedra que por su perfil afilado y anguloso no permite que otras ocupen el espacio que ella misma no puede llenar y no deja que el edificio se construya sólidamente, así también suele decirse que es inútil o molesto para los demás el hombre de dura disposición que retiene para sí todas las cosas superfluas y niega a los otros las necesarias, debido a la terquedad de sus propias inclinaciones. Ahora bien, como cada uno, no sólo por derecho sino también por necesidad natural, se supone que intenta con todas sus fuerzas procurarse aquellas cosas que son necesarias para su preservación, si alguno lucha por su parte para lograr cosas superfluas, ello hará que por su culpa surja un estado de guerra; pues no había necesidad de que él rivalizara con nadie, y al hacerlo actúa por tanto, en contra

de la ley fundamental de naturaleza. De lo cual se sigue (que es lo que queríamos mostrar) que es un precepto de naturaleza que cada hombre se acomode a los demás. Quien quebranta esta ley puede ser llamado inútil y causante de dificultades. Cicerón prefería la palabra inhumano como opuesta a lo útil, en referencia a esta misma ley (III.9).

Leviatán (1651)

**Madrid: Alianza, 1999 (trad. C. Mellizo);
Parte I, cap. 6.**

Algunos apetitos y aversiones son innatos, como el apetito de alimento, al apetito de excreción y exoneración (que pueden llamarse con más propiedad aversiones hacia algo que los hombres sienten en sus cuerpos), y algunos otros, no muchos. El resto, que son apetitos de cosas particulares, proceden de la experiencia que ha tenido el hombre de los efectos productos por esas cosas en él mismo o en otros hombres (...).

Pero cualquiera que sea el objeto del apetito o deseo de un hombre, a los ojos de éste siempre será un bien; y el objeto de su odio y aversión será un mal; y el de su desdén, algo sin valor y despreciable (...).

Por tanto, el placer o deleite es la aparición o sensación de lo bueno, y el malestar o disgusto es la aparición o sensación de lo malo. Consecuentemente, todo apetito, deseo y amor va acompañado de algún placer, en mayor o menor grado; y todo odio y aversión, de algún grado de dolor y daño.